

**TERCER CONGRESO GENERAL DE HISTORIA DE NAVARRA**  
**NAFARROAKO KONDAIRAREN HIRUGARREN BATZARRE OROKORRA**

Pamplona, 20-23 septiembre de 1994



**Área III. EL MUNDO DE LAS IDEAS**

Ponencia III. TRADICIÓN Y LIBERALISMO

**EL REALISMO NAVARRO ANTE LA INTERVENCION  
FRANCESA (1823-1828)**

**GONZALO BUTRÓN PRIDA**

*Universidad de Cádiz*

**E**n abril de 1823, un importante ejército francés cruzaba los Pirineos para enfrentarse al régimen constitucional que había sido instaurado en 1820 en España, como consecuencia del pronunciamiento de los oficiales del luego conocido como ejército de la Isla. El nuevo régimen español causó, casi desde el momento mismo de su instalación, honda preocupación en la Europa legitimista. En primer lugar, por su propio origen, ya que el éxito de un pronunciamiento militar inquietaba a unos estados que, como era el caso de las potencias orientales, estaban fuertemente militarizados. En segundo lugar, porque recuperaba la Constitución de 1812, que recogía unos principios -soberanía nacional, limitación del poder real, sistema unicameral-, contra los que tanto se había luchado en los últimos años. En fin, el régimen español preocupaba por la trascendencia que había tenido en la escena internacional, ya que su ejemplo había sido inmediatamente seguido por los liberales de Portugal, Nápoles y Piamonte.

Ahora bien, la oposición al régimen no fue sólo organizada desde el exterior, sino que también los realistas españoles emprendieron una lucha sin cuartel contra el gobierno liberal, que fue llevada a cabo por las partidas organizadas por toda la Península. Los realistas alcanzarían su mayor apogeo en 1822, cuando llegaron a controlar una franja territorial en la que establecieron un gobierno provisional -la llamada regencia de Urgel. Sin embargo, las fuerzas constitucionales se encargaron de terminar con cualquier esperanza de continuidad, puesto que la regencia no pudo resistir ante el empuje de las tropas comandadas por Mina, que dispersaron a las partidas y obligaron a los dirigentes realistas a buscar refugio al otro lado de la frontera.

Dadas las circunstancias, las potencias aliadas, reunidas en Verona a finales de 1822, decidieron -en un proceso que es bien conocido-, intervenir militarmente en España, a fin de controlar la situación peninsular, que amenazaba con romper el precario equilibrio conseguido en Europa tras las recientes convulsiones revolucionarias. La intervención, planteada inicialmente como una empresa de carácter colectivo, fue asumida en solitario por el gobierno francés, que deseaba deshacerse de la tutela a la que había sido sometido el país luego de la derrota napoleónica, y a la espera de poder así volver a ocupar el lugar que creía corresponderle entre las potencias europeas<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> *RENOUVIN, P. Historia de las relaciones internacionales (siglos XIX y XX). Madrid, 1990 (1ª ed. 1982). pg. 48.*

Ahora bien, la intervención francesa no contemplaba, como podían haber pensado los realistas españoles, la posibilidad de restaurar el régimen absolutista en los mismos términos que en 1814. De hecho, hay que recordar el distinto contenido que se había dado a la restauración en Francia y en España. Si el régimen francés de Carta Otorgada había entendido la restauración como un compromiso con los cambios políticos y sociales producidos durante los años de crisis revolucionaria, en cambio, en España había sido interpretada como una vuelta completa a la situación precedente, como si nada hubiera realmente ocurrido. Así se había hecho en 1814, y así se pretendía hacer de nuevo en 1823, de ahí que no tardaran en presentarse los primeros problemas entre los realistas españoles y las tropas francesas.

De este modo, y aunque unidos en la lucha por desplazar a los liberales del gobierno de España, realistas y franceses diferían en cuanto al modelo de sociedad a desarrollar. Con todo, las diferencias fueron inicialmente salvadas, ya que unos y otros se necesitaban mutuamente. Por una parte, los realistas habían comprobado, durante el otoño de 1822, su incapacidad para hacer frente a las tropas gubernamentales en tanto que, por otra, el apoyo de fuerzas españolas permitiría a los franceses subrayar el carácter de guerra civil de la contienda por encima del de una simple agresión extranjera, además de que así podrían controlar más de cerca a los dirigentes y a las divisiones realistas.

La campaña comenzó, entonces, bajo el signo de la colaboración. Así, en abril fue formada en Oyarzun una Junta Provisional de Gobierno que, compuesta por Eguía, Erro y Gómez Calderón, fue formalmente reconocida por el duque de Angulema como representante del gobierno de Su Majestad Católica<sup>2</sup>. En mayo, una vez tomada la capital, la Junta de Gobierno sería sustituida por una Regencia que, en opinión de los franceses, debería ocuparse de la administración del país, la organización de un ejército y la colaboración en la liberación del rey<sup>3</sup>. A su vez, las tropas realistas fueron inicialmente admitidas entre las filas francesas. Sin embargo, la indisciplina y los deseos de venganza que demostraron, causaron serios problemas a los jefes militares franceses, que insistieron en la necesidad de dar una organización a las tropas realistas, de forma que, al establecerse una relación de responsabilidad,

<sup>2</sup> *Archives du Ministère des Affaires Etrangères (en adelante AMAE/F). CP Espagne. t. 721. ff. 199-202. R. de Caux a Chateaubriand (Oyarzun, 9.IV.1823).*

<sup>3</sup> *Service Historique de l'Armée de Terre (en adelante SHAT). D1. c. 11. leg. 1. Proclama del duque de Angulema (Alcobendas, 23.V.1823).*

podieran ser sometidas a cierto control. De esta manera, el ministro francés de la guerra autorizó en junio al intendente en jefe del ejército a pagar y equipar directamente a las tropas realistas españolas, siempre en calidad de préstamo<sup>4</sup>.

Estas medidas tuvieron como primera consecuencia la de someter a los realistas al dominio francés, toda vez que sus iniciativas, tanto políticas, como militares, quedaron en adelante subordinadas a las directrices marcadas por las autoridades francesas. Sin embargo, la estrategia francesa no produjo fácilmente los resultados esperados, sino que, por el contrario, dio lugar a una nueva situación que se reveló pronto como insostenible. En la práctica, los franceses encontraron serias dificultades para controlar al realismo, puesto que éste intentó emprender por su cuenta la vuelta al antiguo orden de cosas que defendía, lo que provocó una sucesión de enfrentamientos entre las autoridades de ambas naciones, que sólo pudo resolverse por la posición de fuerza ejercida por los franceses.

En términos generales, el enfrentamiento entre realistas y franceses se produjo por dos razones básicas. En primer lugar, porque los franceses no dejaban a los realistas llevar la restauración del antiguo régimen -y la violencia con la que querían ejecutarla- hasta donde lo habían planeado. En segundo lugar, porque los realistas se oponían a los planes franceses de moderación, y no estaban dispuestos a tolerar ningún tipo de transacción con el constitucionalismo. En el caso concreto de Navarra, donde sólo Pamplona resistía ante el avance de las armas francesas, el descontento realista presentó esta doble circunstancia.

Por una parte, la presencia francesa dificultaba las detenciones masivas y arbitrarias ordenadas en Navarra por la Junta Realista, institución de carácter ultra que se enfrentaría en junio a las autoridades españolas reconocidas por la Regencia<sup>5</sup>. No obstante, las diferencias existentes entre las distintas autoridades no impediría que los realistas esperaran la rendición de Pamplona para poner en marcha sus planes de

<sup>4</sup> SHAT. D1. c. 24. leg. 5. Informe del intendente en jefe del ejército francés al duque de Angulema. No lleva fecha, aunque reconoce haber recibido la autorización del ministro en carta del 24.VI.1823. Angulema decidiría en julio la formación de un ejército regular español de unos 30.000 hombres, que sería mantenido por Francia también en calidad de préstamo (SHAT. D1. c. 24. leg. 6).

<sup>5</sup> DEL RÍO ALDAZ, R. *Orígenes de la guerra carlista en Navarra, 1820-1824*. Pamplona, 1987. La alusión a las detenciones ordenadas por la Junta en pgs. 390-391; el contexto general del movimiento sedicioso protagonizado por la Junta y los jefes realistas descontentos con el modo de llevar a cabo la restauración del antiguo orden en pgs. 375-400.

represión. De este modo, el ayuntamiento realista instalado en Puente la Reina durante el asedio a Pamplona, preparó en septiembre unas listas que, bajo el epígrafe general de «Prisiones para los que se han de asegurar en Pamplona», disponía el encarcelamiento de al menos cuatrocientas personas<sup>6</sup>. Las propias listas permiten comprobar que, en efecto, la represión fue llevada a cabo, puesto que, como señalan las anotaciones que aparecen al margen -en prisión, preso en casa, ausente, en Francia-, fueron verificadas numerosas detenciones, de las que parece que sólo se libraron aquellos que escogieron la vía del exilio.

Como prueba de la represión institucionalizada, a la que habría que añadir la violencia civil ejercida simultáneamente por los particulares<sup>7</sup>, han quedado además los testimonios de los jefes militares franceses, cuya actitud, contraria a las detenciones masivas y arbitrarias, ocasionó las protestas de las autoridades españolas. Así, en un informe de octubre, el conde de St. Michel, comandante francés de Pamplona, presentaba ante sus superiores la gravedad de la situación:

«Quarante huit heures ne s'étaient pas écoulées depuis la capitulation de Pampelune, que des arrestations furent operées ici, à Puente la Reina et autres lieux du Royaume de Navarre; 4 ou 500 personnes de tous âges et de tous les sexes ont été enfermées; depuis cette époque chaque jour m'apprend quelque nouvelle arrestation; la terreur, l'inquiétude est dans toutes les familles; les habitans restés s'en vont; ceux que le siège avait éloigné de la ville fuyent la province; les maisons endomagées, n'ayant point leurs propriétaires pour les étayer et les reparer, s'écroulent»<sup>8</sup>.

En este, como en otro informe posterior, el conde de St. Michel se quejaba de las órdenes que tenía de no interferir en los actos de las autoridades españolas -órdenes

<sup>6</sup> Se trataba, en concreto, de tres listas diferentes, que llevaban fecha del 8 de septiembre: «Lista de sujetos que deben prenderse en Pamplona para evitar males al tiempo de la entrada», «Lista de sujetos dudosos en sus opiniones y como tales suspendidos de procederse a su detención» y «Lista de los sujetos que deberían de asegurarse en Pamplona, pero están ausentes». Publicadas por DEL CAMPO JESÚS, L. «Pamplona, tres lustros de su historia (1808-1823)» en *Príncipe de Viana*, año XLII, nº 163 (1981). pgs. 549-559.

<sup>7</sup> FONTANA, J. «Represión política y violencia civil en 1823-1833: propuestas para una interpretación» en *Primer coloquio vasco-catalán de Historia* (Sitges, 1982). Barcelona, 1985. pgs. 313-327.

<sup>8</sup> SHAT. D1. c. 27. leg. 3. Informe del conde de St. Michel al Mayor General del ejército francés (Pamplona, 25.X.1823).

que habían sido dadas durante la campaña con motivo del intervencionismo de los comandantes franceses, que habían liberado, en numerosas poblaciones, a los que habían sido encarcelados por delitos de opinión. En efecto, St. Michel, aunque consciente de que su deber como militar era el de obedecer las órdenes de sus superiores, no dejó por ello de representar en su contra, toda vez que consideraba que el ejército francés no había venido a España para permitir una conducta que tachaba de escandalosa e inmoral<sup>9</sup>.

En cuanto al descontento motivado por los planes franceses de moderación, éste quedó manifestado en las representaciones que, tanto a título personal, como corporativo, fueron enviadas a la Regencia desde el momento mismo de su instalación. En ellas, se denunciaban los proyectos que contemplaban el posible establecimiento de un gobierno de tipo representativo en España, además de hacerse una solemne defensa de la Religión, el Rey y el gobierno absoluto<sup>10</sup>. Las representaciones continuaron luego con motivo de la publicación de las ordenanzas de Andújar, emitidas en agosto por el duque de Angulema con la intención de poner freno a las represalias que se ejercían contra los constitucionales. Entre ellas, se encontraba la dirigida por la llamada División de Voluntarios del Ejército Real de Navarra, firmada por Juan Villanueva -Juanito- en Tajonar, el 20 de agosto de 1823<sup>11</sup>.

La representación navarra expresaba el descontento producido por las ordenanzas en los círculos realistas, que no se mostraban dispuestos a tolerar intromisión francesa alguna en el gobierno interior de España. De hecho, los voluntarios navarros no dudaron a la hora de criticar la actitud del ejército francés, puesto que consideraban que atropellaba la suprema autoridad del reino ejercida por la Regencia, barrenaba las leyes españolas y ultrajaba a la nación, cuando se trataba de unas tropas que no habían venido sino a protegerlas, de ahí que ofrecieran «sacrificar sus vidas antes que consentir en que la nación española sea dominada por una autoridad militar

<sup>9</sup> *Archives Nationales (en adelante ANF). F7. leg. 12011. El conde de St. Michel al vizconde Janin, comandante de la división francesa del Alto Ebro (Pamplona, 26.XII.1823).*

<sup>10</sup> ALONSO TEJADA, L. *Ocaso de la Inquisición en los últimos años del reinado de Fernando VII. Madrid, 1969. pgs. 63-64.*

<sup>11</sup> *Se conservan copias de esta representación en ANF. F7. leg. 11995. dossier 160 (copia manuscrita); Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (en adelante AMAE/E). Negociaciones s. XIX. leg. 48 (copia impresa de la Imprenta de don José del Collado. Madrid, 1823); también citada por DEL RÍO ALDAZ, R. op. cit. pg. 403, que localiza otra copia en el Archivo de la Catedral de Pamplona. Papeles Lacarra.*

extranjera erigida por la usurpación». A su vez, la hostilidad realista venía reflejada en el párrafo final de la representación, que anunciaba su completa oposición a la denostada solución moderada, objeto de otra exposición que decían haber dirigido, con la misma fecha, a la Regencia «oponiéndose al Proyecto de las Cámaras y cualquiera otra forma de Gobierno que en lo más mínimo deprima la soberanía del rey absoluto»<sup>12</sup>.

Esta expresión de sentimiento anti-francés, que pasaría a formar parte del programa de agravios realistas, dio lugar a una protesta diplomática, que fue encargada al marqués de Talaru, embajador francés acreditado cerca de la Regencia. En efecto, pocos días después de la aparición de la exposición, Talaru presentó en Madrid las quejas oficiales de su gobierno, preocupado por la extensión de este sentimiento de hostilidad hacia la ocupación francesa, presente tanto en la representación -que, al haber sido llevada a la imprenta, difundía por el reino las injurias que contenía sobre el duque de Angulema y sobre el propio ejército francés-, como en las páginas de *El Restaurador*, que también se había sumado a la campaña iniciada contra cualquier tipo de transacción con los constitucionales<sup>13</sup>.

La representación de los voluntarios navarros no fue, por tanto, una reacción aislada de este cuerpo, sino que formaba parte de un estado de ánimo extendido entre el realismo. De hecho, y sólo en el caso de Navarra, se contaron también las protestas tanto de la Diputación -que consideraba que las ordenanzas, además de romper la promesa francesa de no mezclarse en el gobierno de España, eran opuestas a los fueros-, como de otras instituciones, como fue el caso del ayuntamiento de Tudela - que por dos veces advirtió sobre el peligro que representaban los planes que contemplaban el establecimiento de un gobierno de tipo representativo en España-, y del obispo y clero de Navarra, que dirigieron un memorial a la Regencia pidiendo el restablecimiento de la Inquisición, otra de las bazas fuertes del programa de quejas

<sup>12</sup> *Ibidem*.

<sup>13</sup> AMAE/E. *Negociaciones s. XIX. leg. 48. El marqués de Talaru a Salazar, ministro interino de Estado (Madrid, 29.VIII.1823). La Regencia contestó, el 8 de septiembre, que había tomado las medidas necesarias para impedir la circulación de la Representación, además de haber advertido a los editores de El Restaurador de que no ofendieran a los gobiernos aliados.*

realistas, que albergaba la sospecha de que fuera una imposición francesa la que impedía su restablecimiento<sup>14</sup>.

La ocupación francesa de Navarra comenzaba, pues, rodeada de un ambiente de tensión que no parecía facilitar la aceptación de una situación que, si bien considerada entonces como provisional, se iba luego a prolongar durante casi cinco años. En realidad, los primeros momentos de la ocupación resultaron bastante difíciles. Ya se ha señalado que existieron serios problemas en cuanto al modo de llevar a cabo la restauración del antiguo orden de cosas, toda vez que los realistas entendieron esta vuelta como un ejercicio de exclusión, en el que no había lugar para todos aquellos que, en mayor o menor medida, habían estado relacionados con el extinto sistema constitucional. Sin embargo, todo parece indicar que los problemas iniciales fueron resolviéndose, y que la ocupación francesa transcurrió, en términos generales, por los cauces de la normalidad.

En un principio, los jefes militares franceses destinados a Navarra -que formó parte de la división del Alto Ebro, una de las cuatro en las que fue dividido el ejército de ocupación- se encontraron con ciertas dificultades para ejercer las funciones propias de su mando. De este modo tuvieron que enfrentarse, por una parte, a las ideas de independencia y de defensa de sus privilegios defendidas por las provincias enmarcadas en la división, en tanto que, por otra, el reino de Navarra presentaba la dificultad añadida de la presencia de las tropas de Santos Ladrón y Juanito, cuya indisciplina daba lugar a numerosos desórdenes<sup>15</sup>.

En principio, el sistema de gobierno navarro no causó mayores problemas a los mandos franceses, antes bien, despertó en todo momento su interés y atención. Así, en marzo de 1827, el comandante de la guarnición de Pamplona, que había recibido de su gobierno el encargo de redactar una memoria sobre el estado general del territorio de su mando, comentaría sorprendido la particular naturaleza de las instituciones navarras:

<sup>14</sup> *Las protestas de la Diputación y del ayuntamiento de Tudela, y otras de las tropas navarras emplazadas en Aragón*, en DEL RÍO ALDAZ, R. *op. cit.* pgs. 403-407 y 412; *el memorial del obispo y clero de Navarra en GOÑI GAZTAMBIDE, J. «José Xavier de Uriz, el obispo de la caridad (1815-1829)» en Príncipe de Viana, año XXVIII, nº 108-109 (1967). pg. 413.*

<sup>15</sup> SHAT. D1. c. 31. leg. 2. *El vizconde Janin, comandante de la división del Alto Ebro, al barón de Damas, ministro francés de la Guerra (Vitoria, 8.XII.1823).*



«Je n'ai pas vu sans surprise que ce pays etait en possession d'un gouvernement représentatif et d'institutions qui participent peut-être plus des formes républicaines que de la monarchie»<sup>16</sup>.

Por el contrario, las partidas realistas sí que representaron un serio problema para las autoridades francesas, por la constante amenaza que suponían para el mantenimiento del orden y la tranquilidad pública. Sin embargo, este problema pareció resolverse a principios de 1824, cuando se procedió al licenciamiento de las divisiones realistas, cuyos componentes recibieron órdenes del gobierno de entregar las armas y retirarse a sus hogares<sup>17</sup>. La aplicación de esta medida, que había sido tomada en diciembre, privaba a los realistas de uno de sus más importantes elementos de presión, de ahí que fuera bien recibida por los franceses. De hecho, sus informes de enero ya se congratulaban de la decisión del gobierno español, puesto que esperaban que permitiera terminar con los riesgos que conllevaba la incontrolada presencia de grupos de hombres armados<sup>18</sup>.

Con todo, y a pesar del licenciamiento de las tropas, los primeros meses de ocupación estuvieron marcados por los incidentes protagonizados por realistas y franceses<sup>19</sup>. Estos fueron, sin duda, fruto del desencanto creado en el realismo por el escaso papel que le estaba siendo reservado en la restauración del antiguo orden de cosas. Tal como había ocurrido en ocasiones anteriores, gran parte de este descontento fue canalizado en un sentimiento de hostilidad hacia los franceses, que fueron de nuevo acusados de persistir en su resistencia a la restauración del modelo de sociedad defendido por el ultrarrealismo.

Ahora bien, pasados unos primeros meses de tensión, la presencia francesa iría siendo asumida, tanto por las autoridades, como por la población, como una circunstancia cotidiana que no originaba mayores problemas. Al menos esa es la impresión que produce la lectura de los informes militares franceses, que sólo

<sup>16</sup> SHAT. D1. c. 53. leg. 1. *El mariscal de campo Baltazar Darcy, comandante francés de Pamplona, al ministro francés de la Guerra (Pamplona, 7.III.1827).*

<sup>17</sup> DEL RÍO ALDAZ, R. *op. cit.* pgs. 424-428.

<sup>18</sup> SHAT. D1. c. 32. leg. 3. *Informe general del ejército de ocupación (Madrid, 23.I.1824).*

<sup>19</sup> DEL RÍO ALDAZ, R. *op. cit.* pgs. 428-429.

volverían a presentar signos de intranquilidad hacia finales de 1826, cuando comenzaron a dar cuenta de la agitación que se notaba en los círculos realistas más exaltados. Es más, llegó incluso a temerse un ataque a la guarnición francesa de Pamplona, supuestamente contemplado dentro de una insurrección general que se sospechaba que preparaban el clero y los antiguos jefes de las partidas realistas<sup>20</sup>.

Los rumores de diciembre no se concretaron luego en tentativa alguna. Ahora bien, se tomaron algunas precauciones, ya que, aunque Navarra gozaba de tranquilidad, la situación en el resto de España no presentaba la misma calma. De hecho, en la cercana Cataluña se respiraba un ambiente tenso, que anunciaba la proximidad de la movilización realista que, iniciada en la primavera de 1827, alcanzaría su mayor auge con el fin del verano y de las labores del campo, cuando supo ganarse el apoyo de importantes sectores de la población. De ahí que no hayan de extrañar las medidas de vigilancia adoptadas por la guarnición francesa, que prestó especial atención a los voluntarios realistas. El fomento de estos cuerpos, que se habían convertido en fieles defensores de la causa realista, preocupaba a los franceses. En efecto, éstos veían el peligro que suponía la entrega de armas a unos cuerpos que, generalmente integrados por hombres del pueblo -a diferencia de la extinta milicia nacional, que estuvo siempre controlada por las clases urbanas más acomodadas-, estaban organizados y comandados por jefes que, a pesar de ser personajes de gran influencia, no gozaban de la confianza pública<sup>21</sup>.

A la postre, el reino navarro no vio seriamente alterada la tranquilidad, aunque este hecho no debe atribuirse en exclusiva al papel disuasor que pudieron desempeñar las tropas francesas -puesto que, en ese caso, el movimiento también habría inicialmente fracasado en Cataluña-, sino que también hay que tener en cuenta las medidas adoptadas por las autoridades vascas y navarras, que lograron neutralizar las tentativas rebeldes, en este caso, la liderada en octubre por Asensio Lausagarreta, oficial con licencia ilimitada<sup>22</sup>.

<sup>20</sup> SHAT. D1. c. 52. leg. 2. *El director de la Policía al ministro de la Guerra. Confidencial (París, 24.XII.1826).*

<sup>21</sup> SHAT. D1. c. 53. leg. 1. *El mariscal de campo Baltazar Darcy, comandante francés de Pamplona, al ministro francés de la Guerra (Pamplona, 7.III.1827).*

<sup>22</sup> TORRAS ELIAS, J. *La guerra de los agraviados. Barcelona, 1967. pg. 87.*

El levantamiento pudo ser finalmente controlado por la acción combinada de las tropas del conde de España, y el viaje emprendido por el rey Fernando a Cataluña, que tuvo además el efecto de acelerar la evacuación francesa de Barcelona. El viaje de vuelta a la corte sería luego estratégicamente dirigido hacia el resto de las plazas del norte que continuaban ocupadas por las tropas francesas, lo que aseguró una evacuación que acababa de ser oficialmente acordada<sup>23</sup>.

La salida de la guarnición francesa de Pamplona se produjo por fin en abril de 1828, cuando contaba con unos efectivos aproximados de 3.300 hombres. La presencia del monarca español fue hasta tal punto determinante, que el gobierno francés, a pesar de haber concertado ya la evacuación de las plazas del norte, todavía contemplaba la posibilidad de mantener la guarnición de Pamplona si el rey Fernando no solicitaba expresamente su retirada<sup>24</sup>. Por fin, el 12 de abril, el duque de Castro-Terreño, virrey de Navarra, hizo saber al comandante francés el acuerdo suscrito por ambos gobiernos, y la soberana determinación del monarca español de proceder a la evacuación de Pamplona<sup>25</sup>. En pocos días, se puso en marcha un proceso que culminó el 24 de abril, cuando se verificó la salida de las últimas tropas francesas de la guarnición de Pamplona.

La retirada francesa hizo temer, en los mandos de esta nación, una manifestación de los sentimientos largamente contenidos durante los años de ocupación. Sin embargo, el propio comandante francés esperaba que la acción combinada del carácter del virrey -que era presentado como un hombre leal y enérgico-, y de la próxima visita del rey, permitieran controlar la situación<sup>26</sup>. Terminaban así unos años de ocupación que estuvieron marcados, en términos generales, por la buena armonía reinante entre las

<sup>23</sup> Archivo Histórico Nacional (en adelante AHN). Consejos. leg. 49666. El duque de San Carlos, embajador español en París, a Calomarde (París, 5.IV.1828).

<sup>24</sup> SHAT. D1. c. 56. leg. 4. El ministro francés de la Guerra a Baltazar Darcy, comandante francés de Pamplona (París, 4.IV.1828). Las instrucciones ministeriales contemplaban la posibilidad de que el rey Fernando no pidiera la evacuación de Pamplona, de ahí que, aunque decidiera entrar en la plaza acompañado de sus tropas, se pensara que la guarnición francesa podría retirarse de la ciudad y pasar entretanto a ocupar la ciudadela. Ahora bien, en el caso de que deseara la completa retirada francesa, se autorizaba al comandante francés a hacer entrega de la plaza.

<sup>25</sup> SHAT. D1. c. 56. leg. 4. El duque de Castro-Terreño al comandante francés (Pamplona, 12.IV.1828).

<sup>26</sup> SHAT. D1. c. 56. leg. 4. El comandante de Pamplona al ministro francés de la Guerra (Pamplona, 19.IV.1828).

tropas francesas y las autoridades y población de Pamplona. Al menos así lo puso por dos veces de manifiesto el duque de Castro-Terreño, virrey de Navarra.

La primera vez fue en febrero de 1827, con ocasión de la sustitución del príncipe de Broglie, hasta entonces comandante francés de la plaza, por el mariscal de campo Baltazar Darcy, que pasaría a ocupar su puesto. En un oficio de despedida, el virrey destacaba las virtudes del comandante saliente, con la esperanza de que, durante el nuevo mandato, continuará observándose «la unión y amistad» que había reinado entre las autoridades, las tropas y la población. A la espera de la llegada del nuevo comandante, el virrey no escatimaba expresiones de reconocimiento y gratitud hacia la presencia francesa:

«No quiero privarme del placer de hacer conocer a V.S. los sentimientos de gratitud que me animan, así como a toda esta población, por el acierto de sus providencias para conservar el orden y el reposo de la plaza en el tiempo que dichosamente se ha hallado al frente de la guarnición. La sabiduría de sus medidas ha correspondido al objeto a que se dirigían, y si por tan justas consideraciones es V.S. acreedor al reconocimiento de los españoles, la calidad de jefe supremo de este reino que ejerzo me da un derecho y un deber más para apreciar las cualidades que adornan a su persona»<sup>27</sup>.

Si esta primera demostración de gratitud pudo deberse a las fórmulas de cortesía utilizadas habitualmente entre autoridades de dos naciones distintas, no fue así en el caso de la segunda, puesto que se trataba de una comunicación interna del gobierno español que no tenía por qué verse afectada por esta circunstancia. De este modo, resulta significativa la buena impresión causada por las tropas francesas en el virrey de Navarra que, en marzo de 1828, cuando ya se encontraba cercana la retirada francesa, volvió a utilizar los términos más favorables para referirse a la ocupación:

«Debo decir que la guarnición francesa de esta capital se ha conducido con una subordinación y conducta inexplicable, y si se hubiese compuesto de religiosos capuchinos no hubieran dado menos que hacer.

<sup>27</sup> SHAT. D1. c. 52. leg. 2. *El duque de Castro-Terreño al comandante interino de la guarnición francesa (Pamplona, 6.II.1827).*

El mariscal de campo barón de Baltazar, que es el jefe que los manda, es un caballero completo que reúne a su educación fina una prudencia y juicio poco común. Además, he notado por sus conversaciones que respeta y ama no sólo a su soberano, sino también a toda la dinastía de los Borbones»<sup>28</sup>.

Estas expresiones de cordialidad pueden llegar incluso a sorprender, sobre todo si se contraponen al sentimiento de hostilidad hacia la ocupación francesa albergado, casi desde un principio, por la opinión realista exaltada. En último término, estas demostraciones pueden también servir, además de para dar la pauta de los años de ocupación, como prueba de que la lucha llevada a cabo por el realismo por la persistencia del antiguo orden no había sido capaz de movilizar, por sí sola, al conjunto de la población navarra.

<sup>28</sup> AHN. Consejos. leg. 49666. *El duque de Castro-Terreño a Calomarde (Pamplona, 29.III.1828)*.